

# El Visitante

A Rosita Marín de Wong

Me desnudaba.

El aire viejo, enmohecido en el depósito me obligó a entreabrir la ventanucha. Allá, entre cedros y "caratales" se estredecían las estrellas.

La noche se expandía circular y clara. Era lo mismo de muchos años y siglos atrás.

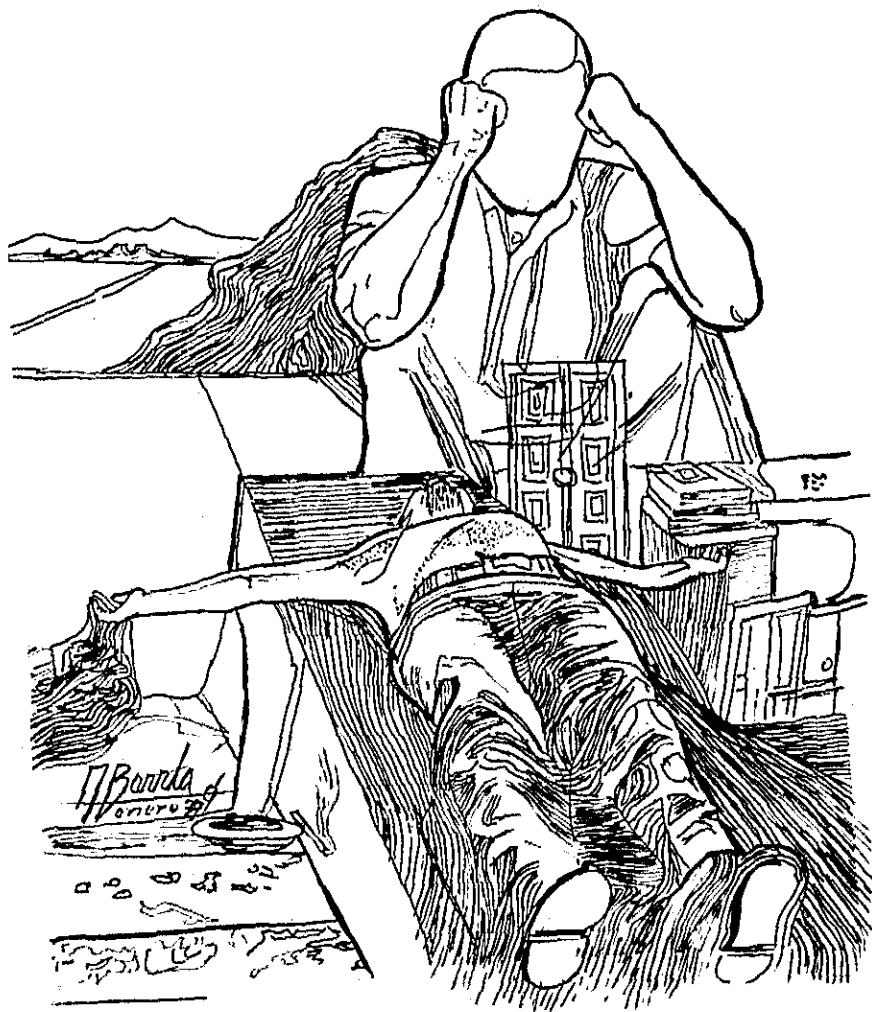
Puse la ropa en el taburete.

¡Pero cuánto había cambiado ... desde entonces ¡ ... Recordé cuando fui un chiquillo de pueblo:

—Oye, pelaíto puerco ¿por qué te bañas en las charcas de la calle? -

¡Pau ... pau! ...

Daba ganas de andar en un potro, por el camino del viento o de los sueños viejos. Alargué las piernas, crucé las manos debajo de la cabeza. Eché a andar.



Mi patrona me obligaba a rezar antes de dormir. Eso había pasado.

Creo que me cambié de nombre. Y después, yo mismo no sabía o aparentaba desconocer de dónde venía.

Ahora, antes de dormir en lugar de rezar pensaba siempre esta misma historia inventada por mí, para engañarme y seguir viviendo.

Cuando dormía, no pocas veces, despertaba gritando. La cabeza sangrante de aquel viejo asesinado en mis manos, parecía escupirme. Pero esto eran simples pesadillas. No había en ello nada de verdad.

Prendí un cigarrillo. Era tarde... De lejos nerviosos centelleos predicaban algún aguacero. Los pajaritos de mis recuerdos, las palabras quisieron agarrarse de las copas de los árboles, a esa hora... qué hora sería? ... Pero se espantaron de las vacas que bramaban, y se fueron, con nubes presurosas hacia el sur. Detrás de los animales iban o venían ya los matojos de lluvias asustadas. Por eso, las estrellas cerraron sus cantinas y centros nocturnos. Negreó la sombra. Silencio plúmbeo aturdió a los insectos.

-Tun ... tun... tun... - oí tres golpes en la puerta.

-¿Quién es? pregunté sin moverme.

-Soy yo - respondió una voz grave.

¡Qué extraño; ¿Qué buscaba? Eran las dos o tres de la madrugada. En realidad sentí miedo. Por la ventana abierta ví la noche huir; la cerré.

-Soy yo - volvió a repetir la voz profunda.

Entonces ya no era miedo, sino pavor de culebra que se me enredaba en las piernas. Me creí valiente toda la vida, pero la voz de afuera; la huesuda mano que tocaba la puerta, repentinamente me hizo pensar en la muerte.

Era cierto que a menudo discernía, en ratos de soledad, que un día cualquiera me matarían por la espalda. Y este sujeto que ahora llegaba, cruzando el llano cenagoso y húmedo, hasta mi

alejado barracón, a llamar, no cabía duda, era el que yo había imaginado a través de muchos años ... venía decidido a matarme.

Entonces pensé en un revólver que no existía, en un arma blanca. Nada para responder a un ataque.

—Tun .. tun.. tun.. sonaron los golpes, de nuevo.

—¿Quién es? - volví a preguntar, saliendo del sopor.

— ¡Soy yo !—repitió la misma voz.

Escalofrío de perro empezó a recorrerme el cuerpo. Hubo un instante en que casi solicité a la voz que volviera a decir su: "soy yo", para ver si lograba recordar de quién era. ¿de quién? ...

En esto estuve hasta que sentí hundirme en la cama. Empecé a luchar conmigo, con mi pánico. Me toqué, me pellizqué. Trataba de darme cuenta si estaba tirado en la cama, si ése que se había acostado era yo, Mundo Beltrán... Qué vaina más grande, ¿no? ... ¿De dónde había llegado hacía un rato? Bien, del billar. ¿Pero acaso había entrado realmente en el cuarto? ¿El que estaba en el catre era Mundo Beltrán, yo mismo, o el que tocaba con sistencia la puerta? ¿Yo estaba en el mismo tiempo afuera y adentro? ¡Qué borrachera!

Para despejarme la conciencia, los golpes sonaron nuevamente.

—Dígame - casi grité- ¿quién es usted?

—Hombre, soy yo, pues, insistió la voz.

—¿Pero qué quiere en esta casa, a estas horas?

—¿Qué voy a querer ? Posada.

—Mire, señor, mejor váyase al poblado. Yo aquí vivo solo; soy soltero y no tengo en donde ponerlo a dormir.

—Eso no me importa, puedo echarme en el suelo, amigo. Vea ábrame la puerta por favor y le juro que no soy yo esa persona que lo va a matar por la espalda.

—Diablo...¿ y cómo sabe que me van a matar?— grité casi colérico, y me puse a pensar si yo había pensado en voz alta.

—Déjeme entrar, no tema, hombre. Mire que la lluvia me ha cogido aquí.

Era cierto, la lluvia golpeaba el techo de zinc.

Me levanté, por una rendija miré al paisano. Apenas lo veía. Haciéndome de valor abrí, al fin, la puerta.

—Buenos días- saludó el visitante, quitándose el mojado sombrero.

—Buenas noches- respondí, sin darme cuenta que ya era de madrugada.

El visitante miró sonreído como quien se encuentra en su casa.

—Entre, acabe de entrar- le pedí, un tanto desconfiado.

El hombre penetró. Encendí la lámpara. Miró detenidamente el cuartucho. Colocó en un clavo su sombrero; sacudió la ropa humedecida y me miró intensamente, con ojos agudos y rojos.

—Siéntese- le dije- ¿quiere fumar?

Tomó el cigarrillo, se acomodó en un cajón y empezó a fumar.

—Ud. se extraña que yo venga a pedirle una esquinita en su casa, pero le aseguro que fue algo casual, pues aquí me agarró el agua.

—No.. está bien, está bien-respondí. ¿Dígame, usted no es de por estos lados?

—No señor.

Ajá, ¿viene de algún campo?

—Bueno, sí.

—¿Cómo es su nombre? ... y perdone.

—¿Yo? Mundo Beltrán- contestó y bajó la vista.

—¿Mundo Beltrán? ... ¿Beltrán? ¿Eso dijo usted? -

—Sí,

—Oiga amigo, esto es imposible. Sabe, yo, para que usted sepa, me llamo también Mundo Beltrán. Y no puede ocurrir esta coincidencia..

Esto... dígame ¿Beltrán, qué?

-Pues, Beltrán solamente- y agregó- Oígame, y no crea... no es raro, hay muchos Manuel Rodríguez, José Pérez. De modo que no tiene que sorprenderse de esto.

Vaya ... vaya, pero Mundo Beltrán es otra cosa-respondí... sin embargo, ¡qué le vamos a hacer ¡ Dígame, ¿pero en realidad, no le habían hablado de mí?

-No.

La "tulvieja" de la noche gruñía afuera. Vi en el sonambulesco rostro del visitante un sueño antiguo.

-Puede tenderse si gusta- le dije- indicándole el suelo. El se acomodó con soltura y fumando todavía, lo vi perderse en la penumbra. Cesaba la lluvia. De reojo observé la persona que yacía en la tierra. Apagué la luz. Pensé en lo que acababa de haber visto y oído. Pasé largo rato sin poder pescar el sueño. Volví a encender la luz. Allí estaba el parroquiano dormido ya. Seguí mirando tras de la ventana; no pude dormir.

De las huertas lejanas llegaron los desvaídos cantos de los gallos. Entre dormido y despierto me levanté del camastro. Vagarosa claridad entraba al cuarto. El visitante no estaba allí. Vaya ¡ ¿Quién sería? Abrí la puerta y en la esquina del galpón se veía la silueta del hombre, con las manos en los bolsillos.

-¿Cómo amaneció? preguntó sin volverse.

-Creí que se había marchado respondí.

-No. De todos modos, gracias por la posada.

-No es nada.

-Dígame - inquirió - ¿cómo es este pueblo o esta ciudad?

-Como todos. ¿Piensa demorar aquí por estos rumbos?

- ¡Quién sabe ¡ ¿Habrà trabajo?

-Ni sé. Esto no es un pueblo de trabajo. Si quiere podemos ir a tomar el desayuno y así lo conocerá.

Partimos llano abajo. Por el camino me preguntó muchas cosas.

Anduvimos juntos por el poblado. Regresamos, y el hombre se fue encariñando con el ambiente y al parecer conmigo. Ya fuera por una u otra cosa, o finalmente, porque no tenía a donde ir, se me plantó en la casa como el convidado de piedra. Participaba de las pocas actividades del galpón, como si hubiera pasado toda su vida allí. Pintó las paredes, sembró plantas; transformaba con tablones viejos hizo una cama grande para él. Todo esto, en el fondo, me disgustaba, más no decía palabra, simplemente porque me faltaba el ánimo para hacerlo.

Pero yo tenía en el pueblo una novia, chiquilla hermosa, complaciente. En su casa no querían saber de mí, por vago, ella me contaba. La chica no hacía caso y convivía conmigo de vez en cuando en el viejo galpón.

—Mal te va a ir con ese fantasma del llano- le decía. Yo era el fantasma.

Desde luego, el visitante, al instalarse definitivamente, salía conmigo a todas partes. La gente pensaba que éramos hermanos.

Y, desde luego conoció a la muchacha. En realidad, desde ese instante, una chispita de celo se cuajó en mis ojos. Tonterías. Ella era así, coqueta.

Pasaron los días lentos de los pequeños pueblos entre viajes a las cantinas, juego de billar, peleas de gallos y bailes sabatinos. Y diariamente dedicaba minutos a pensar en el visitante. ¿Vendría del cielo o de las estradas del infierno?

Estas cosas las traía envueltas en las borracheras, y entonces me daba por buscar la camorra. Pero el hombre, de una vez se dormía, y en la oscuridad, parecía desaparecer por la ventana en los caballos de las nubes. Siempre lo veía fugarse por los caminos que las nubes dejaban de trecho en trecho, en un caballo negro; él con sombrero blanquísimo y ropa negra, volvía el rostro y se reía a carcajadas.

Yo abandoné la escuela primaria cuando iba por el cuarto grado. Huí del pueblito aquel de mi patrona locaria. Era una señora buena y mala que solía darme rejo, pero de vez en cuando

pan. Después olvidé la aldea y la patrona. No tuve otra familia en mi andar. Ahora llegaba el visitante; ¿Sería la patrona en forma de hombre, o el demonio mismo? Porque a una cosa imprevisible venía. A llevarme con el encantamiento de las tacitas de oro, a sus predios.

Cuando el visitante se sintió bien alojado hizo su primera prueba de dominio y objetó mis relaciones con la chica. Eso fue un domingo en medio de botellas y notas de sonos populares en una cantina.

¿—Quieres que te diga una cosa? le dije.

—¿Qué?

—Tú lo que quieres es quedarte con la muchacha.

—Te equivocas.

— ¡Cuento ¡ y agregué- no me vuelvas con esas "vainas". Creo que abundé en palabras de grueso calibre e insultos y los amigos tuvieron que intervenir.

Dejamos de hablarnos. Quise echarlo, pero- pobre de mí- descubrí que no tenía fuerza para tomar una decisión de esta naturaleza. La magia del visitante empezaba a podrirme.

Era acaso el asunto del viejo ricachón, de hacía veinte años, la venganza. Fui sólo una circunstancia en el asesinato.

Cierto que ya no soñaba con eso, pero los sueños me habían hecho huir del luagrejo, porque soñaba, casi siempre que le daba con el mazo en la frente, y le robaba el dinero que guardaba en la caja. Pero ahora en sueño o en realidad venía este Mundo Beltrán del carajo. Y aunque las relaciones entre él y yo volvieron al nivel de antes, por debajo algo andaba poniendo trampas en el camino. De seguro ya el visitante había averiguado lo que se decía de mí en relación al crimen. O podía suceder, lo que imaginaba, que el tal Mundo Beltrán no era Mundo Beltrán, sino otro tipo, algún pariente del viejo que venía a cobrarse la cuestión. Poco a poco, primero me quitaría la muchacha, luego el galpón, finalmente me mataría por la espalda.



De noche cuando quedaba, a veces, solo sentía temor y confusión.

Por instante ocurría que todo cuanto oía, pasaba, veía, me parecía que hacía tiempo lo había visto acontecer en igual forma. Abría la ventanucha; entonces aquel toro que bramaba, la lluvia que empezaba a caer, el trueno de lejos, lo mismo me había sucedido a mí, en otras edades distantes.

No podía dormir y el amigo andaba por el caserío, me estaba aguitando por las rendijas de la pared. Quedaba luego en espera de los tres golpes a la puerta y el consabido: "soy yo", que vivió repitiendo desde la primera noche.

Cuando recordaba la primera vez su "soy yo", por momentos se me obnubilaba el pensamiento y entonces me parecía que eso no había acontecido, que nunca había llegado el fulano de tal a la casa. O bien, creía que sí había llegado, pero esto databa de viejísimos tiempos, tan antiguos que tal vez, no yo existía. Mi patrona, quién sabe, me contaría un cuento parecido, cuando yo era muy chiquito y le tenía miedo de ir solo a obrar en el patio, porque un amigo mío me había dicho que allá en el fondo, en el platanal, a un primo suyo, que había ido a cagar de noche, no sé que bicho le había mordido los huevos. Pero tal vez mi patrona nunca me contó tal cuento y yo lo había inventado, porque de chiquito mi patrona me daba puro rejo y jamás me ofreció un beso. Sólo una vez me abrazó y salió desahorada a la calle, cargándome... fue para los temblores aquellos... los horribles trece temblores... Me oriné en la cama, volví agua todos los culeros y parece que yo mismo me hundía en el aguaje y los temblores, y en eso desperté y grité como diablo, y vino mi patrona y me abrazó.

— ¡Hijo... hijo mío!— y salió conmigo a la calle.

—Desgraciado, ¡ si estas meado y cagado !— nunca olvido que dijo esas palabras.

Bien, cuando entraba en estas consideraciones, sin llegar a comprender lo que ocurría, como para poner todo claro, en medio de la oscuridad sonaban los tres golpes y se oía: - Soy yo...

Era el visitante que venía con los vapores del aguardiente. Quien sabe si andaba con mi muchacha, por allá por los contornos del llano, a donde yo la llevaba; ay! hasta la habría hecho suya; ¡infeliz!... Y fui sintiendo odio sutil por este hombre. El, por su parte, dueño de la situación, parecía burlarse y reírse de mí.

—Te equivocas- me decía- te conozco como si te hubiera parido; sé lo que estás pensando, pero no me voy de aquí.

¿Cómo si me hubiera parido? Matarme, eso sí, a eso venía el desgraciado. Aunque no demostraba mis aprensiones y temores, yo, en realidad no le tenía miedo... Miedo mismo, no. En el momento en que osara levantar la mano, lo mataría. Esta idea me llenaba de coraje. Lo voy a matar... lo voy a matar- me decía. Yo no me dejaría matar, ya lo había decidido. Pero no debía dejar traslucir estas intenciones. Cuando llegué a esta decisión entonces sentí alivio y prácticamente me liberé. Lo iba a matar. Me estaba quitando la muchacha y lo iba a apartar de esa ruta. El trataría de esperarme una noche oscura para acuchillarme, pero yo lo iba a sorprender.

Y pasó lo que tenía que suceder. Fue una noche de fiesta, en que como de costumbre tomábamos en un centro de baile. La muchacha estaba allá, en otra mesa. Habíamos reñido, por algunas tonterías. La miraba como con indiferencia; lo mismo hacía ella. Discutíamos el visitante y yo en la mesa, como era habitual, y con el pretexto de calmar el alegato, él se levantó. Lo vi ir precisamente hacia la muchacha. La invitó a bailar y ella, sonriendo le acompañó. Yo, desde la altura de mis tragos, aparenté que no me molestaba el incidente. Terminó la pieza; volvieron a bailar. Y o seguí tomando mis tragos. Luego me dije, casi gritando, para oírme, en medio del escándalo de los altavoces: a que si la vuelve a sacar a bailar le pego a los dos? A que les pego de todos modos? A que me atrevo a abofetearla y a otras cosas? Todo el cuerpo se me fue crispando y ahora, una ola calurosa me subía hasta el cielo de la boca. Entonces vi que la convidó de nuevo al baile. La llevaba con una decencia desusada en estos "pindines". Pura hipocresía,

me dije. Me levanté bruscamente del asiento y se derramaron las botellas.

Fui cruzando violentamente entre los bailarines. Cuando el visitante me vio hizo gesto cortés para cederme la muchacha. Yo la agarré, ella sonrió. La tomé por el escote y le rompí el traje. Creo, o eso oí en el tumulto, que quedó casi desnuda. El visitante me agarró; le pegué, lo patcé. Saqué la cuchilla y lancé la puñalada violentamente.

— ¡Policía... policía...!

Creo que el hombre cayó ensangrentado.

— ¡Lo mató, carajo, lo mató...Criminal...lo mató!

— ¡No ... no está muerto !

— ¡Hijo de la misma... la mujer quedó pelada! ...

— ¡Las luces, desgraciados, quién apagó las luces? Policía !

Sentí golpes, trompadas, empujones. Me tiraban botellas. Pero huí en medio del apagón. Salí del recinto, tomé la calle pasé las huertas, gané el campo abierto. Parece que el gentío me seguía.

— ¡Cójanlo, allá va! - gritaban.

Pero más corría yo. Afuera, en el llano, la oscuridad sin estrellas, las piernas rápidas del pánico. Me quedaba toda la noche para desaparecer.

En medio de la desaforada marcha pensaba si en realidad había sacado la cuchilla y había herido al hombre. Le pegué o lo corté me preguntaba- ¿Y en dónde estaba la cuchilla? ¿La sangre? Huía acezando como pobre perro del mundo y nada más. Ya lejos, detuve la carrera. No me cazaban; Tal vez ni me seguían. Toda la algarabía que escuchaba detrás de mí no sería el oleaje de la sangre en las sienes? Entonces me fue tumbando el alma una pena mojada, espesa y fría. Yo, Mundo Beltrán, hombre macho, huyendo como abusión, como fantasma derrotado. El fantasma del galpón... No era mejor devolverse y entregarse, reconocer el crimen, ir a la cárcel... Diez, veinte años, la muerte lentamente? Una culebra de duda empezó a enroscarse en mi cuello. Dentro de mis músculos, los nervios se habían soltado como un millón de

hilos de pescar. Eché a andar despacito; al llegar a una hondonada, bajo grandes árboles que allí vi, me eché. Aparecieron a través del follaje muchas estrellas y las conté, en mi angustia, una por una. Quedé dormido en el raizal.

Al día siguiente, ya el cielo claro, ¡ pobre de mí! ... seguí mi rumbo o la huída sin norte. Por los caminos olían las estacas florecidas. No hallaba sentido ni en las flores ni en el camino fresco... Caminé ... caminé y caminé hasta orillar la tarde. La noche venía galopando más ligero que yo. Decidí escalar una loma altísima. Aunque se me iba el aliento en cada resuello, ascendía como duende asesino y derrotado, pero subía. Más me pesaba la conciencia y la angustia que los propios huesos. Me detenía para echar una mirada abajo, en donde todavía los pájaros de luces del crepúsculo revoloteaban. El Valle se extendía: "trabajaderos" maizales, cosas. La noche, con su pollera de luto vino y arropó en su vuelo las distancias.

Me senté sobre una laja negra y redonda. Arriba de mí subía un árbol viejo, muerto, de huesudas ramas. La negrura trajo estrellitas lejanas y un viento, al principio medio tímido y después aullador. Serían todos los perros del mundo que ladraban del otro lado. Ahora, en esta inmensidad nadie podría dar tres golpes de puerta y decir: "soy yo" ..., porque los golpes, tendría que darlos un gigante, esos de los cuentos de patronas y de viejas, y ahora no había gigantes ni cuentos. De pronto, el escalofrío de la vida que me bajaba del corazón se me concentró en las puntas de los pies y sentí como si por los dedos empezaran a botar caños de agua.

—Diablo ¡—exclamé— ¿ qué es esto?

El corazón se me vino, como potranca asustada, a la boca. Quise incorporarme, pero no pude. Era como estatua de plomo sobre la piedra. Sentía la impotencia que se produce en ciertos sueños cuando, al parecer, se huye de un toro bravo y se queda uno clavado en el sitio. Me descalcé y sorprendido de los dedos gruesos. El hilo de agua se despeñaba hacia abajo, hacia el vallecito,

Esa noche ancha y terrible, sobre el fantasmagórico árbol cantaron y cantaron el "cocorito" y el búho, y alrededor, cientos de miles de capachos. El sueño se me fue de los ojos para siempre y así estuve despierto, sin dolor, como un ojo de agua, esa noche larguísima como la historia de la tierra. Cuando apuntó la mañana el surtidor del agua me subía pantorrillas arriba. Asentado con las manos hacia atrás, afirmándolas sobre la roca, el pecho erguido miraba el centelleo de luces amarillentas que iban limpiando el hollín que aún quedaba de la noche. Los pájaros oscuros y pavorosos se habían ido. El día traía otras aves, otros chillidos. Entonces me dí cuenta que la conciencia se me iba también con los chorros de agua. Traté de hacer memoria y sólo me acudían pedazos de cosas; algunas sensaciones confusas. Me parecía que después de estar agotado por esfuerzo descomunal me hundía en un remanso fresco... fresco, fresquito...y que me deslizaba vida abajo.

De lejos, de la profundidad lila del mundo observé un remolino de luz que se acercaba. Advertí que era un ángel. Debía ser tal como me contaba mi patrona que eran los ángeles. Pero este ángel transparente era una muchacha desnuda con las alas de mariposas. Daba vuelta en derredor como pajarito que ha perdido sus polluelos. Los lunares de sus senos formaban palabras como versos o poemas, pero no podía, con exactitud descifrar qué mujer de mi vida o de mi muerte era este ángel o diablo alado, o simple sol restallante. Iba el día abriendo sus cuchillas de diamante o de fuego que herían mis ojos. Ya los muslos se me habían convertido en agua. Yo, río abundante arrastrando piedrecillas de colores. Adelante iba a ser río de renombre. Se diría entonces... alguna patrona vieja contaría a su empleadito loco que una vez un hombre solitario que vivía en el llano... y una noche, muy tarde cuando se oyeron tres golpes en la puerta y dijeron "soy yo"... O

existe, porque eran puros cuentos de los mayores que vivieron en el pueblo y ahora, en donde dicen que esos hombres vivieron está el cementerio. Y los muertos según se supo, de noche no fueron como los otros muertos que salían, sino que siempre estuvieron muertos...

Mundo Beltrán es un bonito nombre y nada más, tal como una mujer desnuda es hermosa, convertida en ángel, con alas de "chigarra" Palabras...

El ángel o la muchacha desnuda me dijo:

—Adiós Mundo, vida mía ;

Y yo no respondí porque el agua me subía por el pecho y ya no podía decir nada.

Dicen que cuando el ángel o la muchacha desnuda bajó al vallecito se le quebraron las alas y quiso levantarse y caminar, pero vinieron mil "tulviejas" que le echaban adelante cerros de alfileres...Entonces, en un remanso azulito que mi quebrada había creado en aquel charco de mi vida o de mi muerte...la niña desnuda decidió ahogarse, hundiéndose, pero pasó un alcatraz celeste y la dejó encantada. Ella en su encanto, de vez en cuando solía clamar, cuando alguien pasaba en las noches por allí: Mundo, Mundo, Mundo Beltrán, vida mía ;... Vida mía, Mundo Beltrán... Mundo...

Eso se contaba después de mí, cientos de años. La gente lo decía, las abuelas en distintos idiomas indígenas.

En las azulinegras alas de una parvada de patos migratorios se fue el día zambullendo en la última noche de la cual yo pudiera dar cuenta.

De noche siempre temía que me tocaran la puerta. Y aquella maldita voz de "soy yo". ¡Oh!

También sabía fijamente que me iban a matar por la espalda, y por eso cambié mi destino matando el visitante. Pero ahora era la noche con el agua y los pavorosos "cocoritos" y capachos a mi alrededor. Sobre la piedra solamente quedaban mis ojos de cuarzos vivaces manando y manando agua. Punteó la luna su guitarrona,



# Seis Madres

A Faustina Marín Hídalgo

“En realidad, Seis Madres, es un anti-cuento a prueba de mentes burguesas”- Manuel Ferrer Valdés.

## I

El mes de octubre se porta como es; las horas se deslizan de las nubes en hilillos de plata. Al caminar mi caballo se humedece y los zapatos se empapan en los charcos de agua. La gente observa y habla, tal vez de mí. La lluvia sigue. Yo cruzo la calle de regreso de la inútil búsqueda de trabajo; a mí me empuja el hambre, a mis vecinos, los detiene, en la esquina, también el hambre.

Lector, perdone que le diga algunas razones que considero de fuerza para comprender por qué escribo. Usted piensa encontrar un cuento y tal vez lo hallará líneas adelante. Le advierto que modifiqué lo que el año pasado elaboré, pues este trabajo ya fue publicado. Lo hice realmente para ganar el premio de un concurso y esta corrección se debe a la necesidad de mejorarlo. Un cuento, como todas las cosas, se transforma. Y algunos críticos conside-





raron que la obra estaba muy mal escrita y era cierto. El novelista Ramón H. Jurado dijo entonces:” el cuento de Changmarín nos pareció bueno. Por momentos llega a tonos de confidencia que apenas. A ratos juega con el lector con una claridad y candidez que nos vence. Pero quisiéramos decirle a Changmarín la importancia que para nosotros tiene la forma. Hay que castigar la expresión. Ligeros descuidos marcaron párrafos de gran belleza y sentido”... Esto se explica, -digo yo- porque no soy un profesional de la literatura, sino uno más empujado por la realidad social, fundamentalmente en las batallas por los pobres, y decir tanto como que tengo tiempo para quemarme las pestañas en el ejercicio y la maroma del lenguaje y del estilo, sería fantasioso de mi parte. Pero admito que los buenos consejos no hay que echarlos en saco roto. Desde otra posición el escritor Renato Ozores dijo esa vez: “qué se ha propuesto Changmarín al escribir este cuento cruel, -Y agregaba: “Seis Madres da la impresión de estar escrito a chorros, vertiendo sin contención una serie de emociones fermentadas en silencio y usando las palabras no para vestir, sino para desnudar el pensamiento, como decía Unamuno”... “Seis Madres no es un cuento o al menos, no es un cuento cualquiera. Si acaso, es un gran cuento. Estilo descuidado, palabras repetidas innecesariamente, desarreglo en la forma. Todo cierto, pero qué importa? Con todos estos defectos es un gran cuento, un cuento vigoroso. Hay en él una enorme sinceridad y lo importante es decir las cosas- af. -a Pío Baroja- el gran desaliñado de la literatura- y no la manera de decirlas”.

Llego a la casa, cuelgo la camisa de un horcón; me descalzo y noto que las medias están mojadas. Con las chancletas que elaboré de unos zapatos viejos paso el resto de la tarde. Es octubre llorón. Al menos la sopa está caliente, en medio de la frialdad malárica. Después, la digestión se retarda bajo una cosa simple: la noticia sobre un concurso de cuentos. Pagaban cien balboas, o dólares, por el primer premio. Confieso que pasé varios días discutiendo con mi mujer si debía participar. Yo, orgullo pseudointelectual por medio... aquello de escribir por encargo ... decía ... Pero venció ella.

¿Y qué significan cien dólares en la vida de un hombre? Pero yo he repetido varias veces esa gran suma de dinero: si tuviera cien dólares en mis manos, cuántas cosas resolvería con ellos. Sin embargo, no dicen que en los concursos hacen trampas?

—Bah- argumentó mi mujer- échalo a la suerte.

Y la plata es necesaria, porque el trabajo, el “camarón” hoy, y el “chirito” mañana no resuelven la cuestión. Es mi problema y el de la mayoría de la gente. Los ricos también trabajan- dicen ellos- porque ponen a trabajar a los demás. Me quejo y no me quejo de la situación. La cosa es que la familia crece y en las tiendas suben los precios. Y esta frialdad y los catarros, las cagaderas de la niña, las glándulas inflamadas; las medicinas por las nubes, todos: yo, mi mujer, la niña, mi madre...

Esto es: cuando agarro unos reales se esfuman entre pagos de la comida, la luz, el alquiler y las deudas. Vivo con unas deudas largas y pienso que eternamente estaremos endeudados, vendidos, alquilados... ¡Caramba... qué vaina no! Y vuelva a los “camarones” y a los “chiritos” por allí. Cae la niña enferma. En los hospitales la gente está a tres por cama y no hay ni yodo. Corre uno a casa del amigo para pegarle un “plomo”. Va al médico, a la clínica privada, se hace la visita con pago. La consulta, por lo barata, no baja de seis dólares (y no digo balboas, porque son eso, exactamente dólares) luego, las recetas...

—Cállate, no hables de los médicos !—

Después hay que pagar la deuda, viene el papelito discreto, luego la llamada indiscreta. Anda uno huyéndole a las “culebronas”, como prófugo de la sociedad.

Había un sastre en el pueblo que siempre hacía la cátedra en su tallercito: “Hay que luchar por una sociedad en la cual no se permita a unos morir de hambre y a otros de hartancia”.

Mi mujer decía justamente que debía escribir el cuento por los cien dólares.

—Si un obrero trabaja por dólares, por qué ustedes los

intelectuales- decía ella- piensan que no pueden escribir versos a tantos pesos por línea? -

Aquí llueve todos los días, no hay manera de secar la ropa y los únicos zapatos; deshumedecerse un poco. La noche de octubre es así, trae la tristeza. Sin embargo, hay cierta belleza en todo. Mi mujer dice:- “Yo no te entiendo, porque tú vives hablando de la “octubrería” y que si la lluvia y cuento, y luego hablas de la poesía de las goteras de agua”...?

- Son las contradicciones, no seas tonta! -

Ella se revuelve en la cama con una barriga de ocho meses; se levanta y va a ver a la niña de dos años; regresa, jala la manta y dice:- “Son como las doce de la noche; esta es la hora en que tu mamá y tus hermanos no podrán dormir, porque ya te dije que el agua se cuela por todos lados en esa casucha vieja”-

Y así amanece: la lluvia traspasada por una miseria de sol. La niña parece una muñequita sucia; llama y besa, pide tética y la mamá la complace. Echo el agua en el platón. Huele a café.

-Fríete unos plátanos- digo-

-No hay plátanos.

-Bueno, yuca...

Tomo la niña y espero el café. La mujer carga, tal vez un “pelaíto” en la barriga, ciudadano de la patria que hallará, según van las cosas, una situación peor. El Presidente puede hablar muchas vainas en sus discursos, pero no entiende la barriga de mi mujer. Ellos se las arreglan sólo en las borracheras del Club Unión, con sus “rabiblancas”.

Y entonces viene diciembre y los curas hacen las comuniones de los niños inocentes, y los comerciantes engordan con los regalos a las madres. Mi caso es llevarla al hospital, para que la próxima criatura no se nos muera como la anterior, por un mal parto, y habrá que pagar el hospital, porque de otro modo, en la llamada sala de caridad-¿caridad?-bueno, eso es más o menos a la suerte.

Con un pedazo de pana limpio los zapatos húmedos; arriba de la estufita de querosín está la camisa, ya seca y la tomo. Doy un

bese a las dos mujeres y salgo. La pequeña dice adiós detrás de la rejilla. Tengo un "camarón" visto y voy, como de costumbre, pero con otros pensamientos: buscar el tema para un cuento. No obstante la gente, los jóvenes y niños saludan, sonríen, algunos cantan. Yo imito y avanzo con un poco de risa. Paso por el hospital, recuerdo la cuestión. Tal vez cien dólares sirven para asegurar el parto.

—Tú tienes miedo de ver el asunto como es -habla mi mujer- Dices que no te importa si voy a la sala de caridad, pero es cuento. Sí te da pena eso, porque a fin de cuentas, eres un intelectual.

—No me importa, te lo digo, cierto!

Pero finalmente ella me convenció y cuando supo lo del concurso no me dio tregua: Tú puedes ganarte esa plata, escribir un cuento no será más difícil que parir. Y ahora te digo como el sastre: déjate de pendejadas, "pequeño burgues", y échate a la candelada -

En esto, como en otras cosas, yo andaba titubeando de un polo a otro, y sacaba mis teorías de la independencia de criterio, porque, en fin, yo no vivía de nadie, ni quería andar de político engañando a la gente. También había política en mi lugar y ofrecían dineros. Ese camino podía seguirlo, y de pensar lo que había hecho un tipo revolucionario, rebelde y huelguista, me dio mucho que pensar, porque al final de cuentas, de marxista que era el hombre, según decían las malas lenguas, terminó, ya como funcionario del gobierno prosternándose y mandando a los revolucionarios a las cárceles... Y vivía en una eterna duda de todo, porque en el fondo, yo veía la vida perra, pero andaba buscando un centro, una especie de paz sin odios y discutía con los amigos sobre la posibilidad de una sociedad en la cual patronos y trabajadores se entendieran y se amaran. Bueno, al día siguiente todo se me caía al suelo, en los debates, y la realidad me quitaba los argumentos. El sastre me la llevaba ganada cuando al término de la discusión me decía con mucha suficiencia: "Y tú crees que Carlos Marx era tan güeveta para no entender que todo esto no es más que el fruto de la lucha de clases?" - Y con esa sabiduría de

sastre, él afirmaba cosas que yo aceptaba como ciertas: “-Proudhon (Yo no sabía quién era él) fue el primero en sostener científicamente que la propiedad es un robo... Y Lenin el gran bolchevique; gritaba nuestro amigo- dijo:” Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo de otro”. Si dijeron eso o no,- nadie lo discutía; en la placita, el sastre era la cátedra.

Sí, claro, por lo menos debo intentar escribir el cuento y con estas esperanzas vuelvo por la misma calle vieja, llena de lodo. Al regresar paso por el mercado, por si las moscas...pero ya no queda más que falda y huesos de cabeza; compró los huesos.

-Lo que le pasa a usted, mijito, es que no cree en dios. Vaya a la iglesia, rece, encomiéndose, ¡arrepíentase! -

-Déjese de fábulas, doñita, que dios está tuerto y sordo; ¡no oye a los pobres!

- ¡Ave María -Purísima...! ¡Virgen del Rosario! ¡Alabado sea el Santísimo! ¡Satanás! ... ¡Canalla del desierto! ...

Como todas las noches rebusco y no encuentro el tema para el dichoso cuento. Son cien dólares. Allí esta la compañera. Sus ojos cambian de verdosos a casi amarillos. Borda sobre el tambor algún juego de camisa para el que viene. Esto es el fruto del catre. Yo mismo, para ahorrar hice el catre; es sólido, no se ha roto. Cine de pobre, el catre, la noche lluviosa, la manta hecha de sacos de harina “mariposa”, el amor.

No hay nada más bueno que moler a rejo limpio con tiempo de lluvia, es mejor que la carne asada, que un trago de buen ron, que un poema de Rubén Darío, que un auto de último modelo, y por eso nacen las criaturas.

El sastre en su cátedra decía: “Ese Malthus tuvo que ser un clérigo cabrón, porque dijo que la culpa de la miseria de los pobres la tenían los nacimientos de los niños y por eso se justificaban las guerras...”

-Encontraste la cuestión del cuento?

-No linda, lo voy a escribir sobre ti...

—Sí, ahora mismo, métete! ...

## II

Decidí venir al campo a buscar el cuento. A la sombra de un alto espavé meto los pies en el arroyo que pasa presuroso; tal como ha ocurrido cientos de años, el agua corre.

El sol se limpió la cara y todo brilla, ahora sin la garúa de octubre. Cedros, guayabos, rocas negras, el llano suave, quieto, silencioso. Sobre aquellas lajas, debajo del ciruelito, mi madre, cuando yo tenía cinco años, me enseñaba a contar. Utilizabà la metodología de una tótuma con granitos de maíz que yo debía contar uno a uno. Pero dice que era muy flojo y me ponía a llorar. En estos contornos nacimos. A la maestra del maíz, mi madre, se la llevaron cuando era bella y cantaba tonadas de tambor; pero en la ciudad la pájara quedó muda y no cantó más. Nacieron otros en la casa. Un día- como a los siete años de edad -me dijeron: "vea niño, ese es su papá"- En el poblado anduvimos como perros extranjeros, de cocina en cocina y de tugurio en tugurio, y así nos "alevntamos". Cargar solita con ese peso la enfermó.

El cura solía decir: "Felices los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos; palabra de dios"

Alguna gente conocida afirmaba que la culpa la tenía ella, por enamorarse de poblanos, por andar con las novelorías de la ciudad. Pero la primera vez que conocí al sastre, éste enfurecido en la placita gritaba: - "Qué carajo, si los alambres de los ricos le fueron quitando la tierra a los campesinos y así tenían, entonces suficiente mano de obra libre para alquilar comprar y vender".

Yo a veces salía de madrugadita a vender tortillas y arepas que mi madre hacía y de vez en cuando, alguna rifa. Uno deniño entiende, desde luego, muy pocas cosas, pero cierta mañana mi madre con unos ojazos- que ahora entiendo eran de amargo llanto- me aconsejó que me portara bien, que yo me quedaba en el pueblo donde una gente, para hacer la escuela y ella, amarrando unos bultos de ropa se los puso en la cabeza y se volvió al campo.

Después una señora vecina me dijo algo que tampoco comprendí aquella vez: “No llore mijito, lo que pasa es que su papá la echó, porque va a meter a otra mujer allí. No llore, que eso no es nada niño! - Y para contar, podría contarse, pero la historia es larga y dolorosa, mejor es darle vuelta al asunto.

Distinto era el problema de la vecina, la esposa del ingeniero, porque uno no podía entender la crisis de ese matrimonio que no tenía, al parecer, nada que pedir: linda casa, lindos niños, lindo carro y hasta lindo perro alemán.

Pero algo no funcionaba. Mi mujer descubrió que había otro hombre metido, porque las mujeres captan estos asuntos con un olfato políciaco muy desarrollado, y yo no lo creía. Pero era así. Una viejuca que solía llegar a la casa y que metía su hociquillo por doquier, sostenía en largas discusiones, que en realidad la vida de los pobres era mejor que la de los ricos:- “ porque usted ve que esos señores blancos del otro lado se la pasan peleando como perros, y no son felices; los ricos, repetía, no pueden gozar la plata, porque hoy, es la pelea en la familia; mañana, una enfermedad mala en la misma raíz del culo...” — Vieja mal hablada! ...

Mi compañera daba explicaciones muy claras acerca de que esa teoría de la felicidad en la pobreza eran puros chismes de ricos y curas para que nosotros viviéramos como tal. Pero la viejilla, enseñando con su flaco dedo a la vecina en forma acusadora, insistía en que ella tenía la razón. Uno no podía creer las cosas, porque la vecina se desvivía en el barrio por la gente y nunca se dio tono de muy emplumada. Sus niños se emporcaban con los pelaos de la calle y todo allí parecía normal. Tal vez el asunto venía de mucho antes, o eran puros chismes.

Un día, no obstante, se oyó gran escándalo de: “- ¡me marché con los niños ! ¡Que no! ¡Tú no comprendes! ¡Me mataré! etc.”

Y el marido la dejó sola con la cocinera y la casa vacía, sin los niños y hasta sin el lindo perro alemán.



La dama se encerró.

Nadie la vio más.

Se puso rara y la llevaron a la capital a una clínica. Se suicidó.

Miro el agua, cruzan las sardinas como puñales; los "chogorros" azules, nerviosos camarones, piedras y yerbas de colores. Fragancia de guayabos e higuerones florecidos, es el campo. De lejos, en el viento, bocinas de autos, la ciudad. En realidad en Panamá llamamos ciudad a pequeños poblados, porque tienen iglesias, cantinas, tiendas y otras cosas. Mi tendencia es escribir sobre el campo, no porque crea que es lo más fundamental, sino por cuanto está metido más en mí que la ciudad. Y recuerde lector, que ando buscando el tema para los cien dólares.

Sí, la llamada ciudad, la aldea con autos y anuncios comerciales. A menudo pasó por una casa donde hay un niño que me gusta mucho. Le dicen el gringuito. La abuela vive de hacer rifas y yo soy un cliente viejo.

--"Usted cree? -dice- no ha debido tener ese hijo. Es una loca. Eso le pasó por andar con los gringos. Desde que los norteamericanos pusieron esa base militar del diablo allí, ¡ ¡para que fue la cuestión! ... el mujeral detrás de los soldados del caraste. Pero, en fin, las muchachas de hoy, hum... son como son ...¿Antes a quién se le ocurría salir con forasteros y mucho menos con gringos? Y allí está su fulito cagaleche, y ¿a dónde fue a parar el desgraciado del padre? A ella se lo he dicho: no quiero que pise más está casa. Pero la culpa la tiene el padre, porque la consiente. Yo, como es de su conocimiento soy una mujer, carajo, de quien nadie puede decir nada. ¡ y que lo digan! ... Mis hijos, con excepción de ella me salieron rectos. No es que yo sea de malos sentimientos... no lo permita mi Padre Jesús de la Atalaya! . Todos los días rezo por la buenaventuranza de mis hijos, pero no por ella. Me esmero en que sus esposas los traten bien. Quiero a toditos los nietos, menos a ése. Pero mi marido es otra cosa, porque en verdad él sí es gringero, y como no le cuesta nada criarlo, porque yo soy la que mantengo la casa, hum... Y que traten de traérmela aquí! ... Que vaya a ver por cuál guerra del mundo anda su

soldado ... Pobrecito el gringuito, si el niño no tiene culpa de los que hicieron sus padres! "...

Empezó a chispear menudamente; de nuevo la lluvia. Salgo del arroyo y camino hacia el ranchito. En la cocina está mi abuela. Me echo en la hamaca chinchorra con el cuaderno de apuntes: ris...ris...ris... la hamaca en su viejo ir y venir, su rasgueo, su canción de cuna, cosas de los pobres. Los delgaduchos perros husmean junto al fogón. La abuelita usa pollera montuna de zaraza y no quiere ponerse la moda de la ciudad. Nadie pudo sacarla del lugar, a pesar de los alambres y del ganado del terrateniente. Va al mercado del pueblo, con su sombrerito, una flor: caracucha o clavel en la oreja, y su andar de palomita tierrera. Llega el abuelo con el motete en la espalda.

—¿Jalló la vaína?

—No señor

—¡Mucho jumo, doña!

—Curpa suya que ya no sabe ni descoger la leña buena.

—¡Perro! Ajá... si usted quiere cuentos, cuentos tengo yo para llenar este rancho.

—Venga niño a la mesa.

Hora del almuerzo: caldo de yuca y ñame, con culantro, arroz blanco, un huevo frito, tajadas de plátano... El agua entra por la varazón del rancho; oscurece, hace hambre. La abuela pone el vinagre oloroso.

Ella era el orgullo de la familia que se dispersó por la ciudad a buscar salarios. Era la raíz, el origen el verbo. Y nadie pudo llevársela del rancho: su palo de ciruelas de San Juan, la piedra de moler la masa para la tortilla, la quebrada con sus sardinas y su cancioncilla de espumas. Tenían, ella y el abuelo, tres vaquillas; después solamente una. Y también la vaca vieja estaba allí como una estampa, rumiando; los perros, a la orilla del fogón, el gato, su mundo pequeño. El abuelo en las tardes tomaba la guitarra socavonera, punteaba recostado en su banquillo de cedro amargo;

tocaba un punto montijano y en el crepúsculo llegaban los vecinos a oír al “mestro” “guitarrero”.

—Buenas tardes—

Y el mundo se apagaba.

La gente se fue del caserío, nuestra familia, principalmente, y en la casa, los últimos en emigrar fuimos mi madre y su prole. En una carreta tirada por bueyes cupo todo cuanto teníamos y una mañana dejamos el campito por el viejo camino, entre carates, ciruelos de puerco, y árboles de barrigón y Panamá florecidos. Nunca olvidó que detrás de la carreta caminaba la abuela llorando.

### III

Se me hizo noche. Para regresar al pueblo tomo otra vereda. El chis chis del agua continúa; de lado y lado, cercas; aquí el rancho abandonado de los hijos de Nicanor Pino; allá la choza de Chutra Caparacho el viejo que tenía fama de brujo y no era brujo. El caminillo oscuro serpentea y se empina, por lo abrupto del terreno. Algarrobos, lagartillos y estacas de balo; estrellas chorrean entre la ramazón; se prenden y se apagan. De vez en cuando se desgaja una rama vieja, entre mugidos de otras ramas, allá arriba de las copas de los corotúes. Los bejucos cuelgan con sus manos de fantasmas. Se espesa la noche hecha agua y lodo; hacia un lado se desbocan las lomas y los picachos en imperceptibles precipicios.

Para espantar el miedo canturreo un son y hablo conmigo: un cuento, hacer un cuento, tener necesidad de plata. Yo soy un hombre de la calle y los cuentos los busco entre las gentes. Por este camino retorcido y negro nadie escribe un cuento. Un cuento, un cuento, un cuento, un cuento...

— ¡Ay...ay!

Ahora no soy yo. Es un grito lamentable y quebrado, diluido, arrastrado, un grito de llanto, un llanto de grito. Y el eco se lo lleva por las lomas oscuras: ay...ay...ay!

Algo chapalea débilmente en la ciénaga; gime, parece que brama. ¿Animal? ¿Gente? Algo camina o se arrastra.

— ¡Ay ...ay!

Por los caminos, de noche, bajo la lluvia, oscuro, dicen las gentes que salen las abusiones. Se me paran los vellos de los brazos y la nuca...De nuevo el ¡Ay! .... Es el lamento de una mujer. Cómo puede ser?

— — ¡Oiga, señora, mire!

La tulvieja o mujer, la cabellera desgrefñada y suelta; la veo al trasluz de los relámpagos, poco menos que arrastra el cuerpo escuálido de una persona muerta. La silueta o sombra flaca carga, empuja, solloza cortito; lleva a su hombre difunto por el lodo y el agua sucia del sendero. ¿Quién será? Debe ser Esperanza, porque dicen que ya estaba loca; loca de amor y desesperación.

Valerio Hidalgo muerto; se fue muriendo poco a poco. Maltratado peón de vaquerías y de potreros, tuberculoso abandonado de los hospitales y los médicos; vencido en la gris y subterránea batalla del bacilo y del hambre. Ahora, tronco podrido, capullo mojado, tusa, estopa, mierda, cagajón humano, de regreso al campo, no en su caballito de paso-Valerio Hidalgo era el único muchacho que tenía un caballo de paso en el lugar, en sus buenos tiempos-, para el San Juan, la cantadera, la “rabiadera” de ganado; él, gritador y salomador bueno para una mocha y para el desbrote del potrero de don Lucio. Entonces, recio macano, tenía un valor y un precio; sus manos producían monedas para el señor de las vacas y de paso iba al pueblo a comprar cositas y hasta algunas telas para hacerle la ropa a los niños. Esperanza misma la cosía, pero de repente, un día sintió el hombre que las canillas le flaqueaban, que no tenía “juerza nada”, que se ponía amarillo y “cuencón”, y escupió, una vez, un poco de sangre. Y al principio creyó que era cualquier catarro mal cuidado y siguió en la joda del trabajo, pero cuando ya era claro que estaba sumamente tísico, don Lucio lo despidió del trabajo para que no contagiara los demás peones y al ganado de leche.

Qué mala leche de Esperanza! ... Porque todo se vino abajo; la fruta se cayó del árbol y sobre las cuerdas de alambre del camino se espantaron, como derrotados torditos negros, las

esperanzas. Alguien le dijo a la mujer que llevara a Valerio a la capital, porque en el interior no había cura para ese mal. Y después cuando fue a buscarlo, no se lo querían entregar. Para que no se muriera allá tan lejos del campo, prácticamente hizo que el hombre se fugara; era la fuga con la muerte que traía adentro.

— —Es por gusto, Esperanza, si ya estoy muerto! —

Esperanza vendió el caballo, los pedazos de cortes de montes, algunos enseres y quedó realmente en la miseria. Entonces empezó su vida de pordiosera, se fue a la ciudad y en las plazas gritó:

— — Señores, me muero de hambre. Yo tenía un hombre y ustedes me lo dañaron. Señor alcalde, deme algo. Tengo tres hijos, también con hambre. Yo soy la mujer de aquel Valerio Hidalgo que votó por su partido y le trajo la gente; votos para su diputado, aquel “ñopo” que nos prometió el mundo... Usted maestro, mestricto, que me apuntó los niños para la escuela, yo soy Esperanza, sin esperanza; ¿para qué iban los niños a aprender a leer y escribir, para qué, niño?

Los curiosos rodeaban a la pordiosera; la loca, la que siempre venía a pedir limosnas y hablaba por las esquinas; la que concluía sus delirantes monólogos insultando a don Lucio:—“Don Lucio lo mató trabajando...

Alguna gente mala de la calle se burlaba de sus imprecaciones y le gritaba:— - Loca...loca...

Y ella, la loca Esperanza se defendía diciendo, desde lo más profundo de su miseria: Junaputas ! ...

Para aquella época, el niño más chico murió, como se mueren algunos angelitos en el campo, comiéndose a sí mismos, royendo los huesitos de las manos. Esperanza lo enterró, ella solita, sin rezos ni lamentos, cantando a la usanza vieja un “punto e llanto” casi hecho gemido y saloma verde; le puso una cruz de rama de guayabo y no se cansó de cantar la copla toda la tarde y toda la noche:

“Adiós lucero del día,  
estrella de la mañana,

que tengo la teta llena,  
y ahora, a ver, quién me la mama! ”

A Valerio, los vecinos lo llevaron en hamaca al pueblo para que recibiera la bendición del santo cura, porque los caminos estaban hechos fangales y el religioso le tenía temor al lodo.

—Hijos, si me lo traen acá, pues señor, esos caminos, válgame dios; además acá les sale más barato...—

Después de la bendición, según algunos, era cuestión de horas y llevaron al despojo “llamarse” Valerio Hidalgo a un galponcito abandonado, situado en el viejo camino rez<sup>1</sup> y allí estuvieron ese día los trabajadores del campo; uno de ellos, intentando latinazgos y frases de rezos viejos; persignándose todos para ayudar a bien morir una criatura hecha de dios, toda revisada y disminuida, sometida a lastimera y contumaz agonía, para pagar así los pecados capitales de los nunca arrepentidos de este mundo. Pero Valerio no se moría, aún parecía duro, todavía era hombre y se agarraba frenéticamente a la pollera de su mujer, al filo de la vida, para no irse y dejarla a ella, en peor muerte. Tres días largos estuvo el moribundo y sobreviviente de la sociedad democrática, apostólica y romana, el expeón de don Lucio, el rico del pueblo en la angustia de fin de vida y no acababa del todo.

— —“Hay que acabar con esas ideas extrañas del sastre -había dicho una vez el señor cura- Están corrompiendo a la juventud y a los campesinos. Ya empiezan a faltarle el debido respeto a sus padres y patronos. Sastre luceferiano, algún día habrá que llevarlo a la placita....sí, amarrarlo a cuatro caballos y descuartizarlo, para salvar la civilización occidental y la santa religión”.

Por eso los vecinos regresaron al campo. Alguien comentó: son cosas del diablo -Ella, la loca estuvo con su hombre hasta el final. El, en un momento tomó un impulso, se incorporó, pronunció la palabra vital:- ¡Esperanza! ..y se desgajó. Ya era de noche y llovía.

Como no podía resistir un llanto de siglos, ni llorar a falta de lágrimas, porque sus ojos se habían volado; porque todos los

alambres de los infinitos latifundios se le enredaron en la garganta, ella, la abandonada, la negada por la sociedad, la enajenada; solita, allí en su velorio de miseria, en su absoluto silencio de neblina, de verdecita garúa de octubre, entre las sombras breves, con el desprecio de los blancos de la ciudad, por su jerarquía inútil, a esa hora; ella también gabazo, desecho, pavesa, ceniza, tizón apagado, resto, residuo, despojo, migaja y piltrafa, Esperanza, la loca tomó lo que quedó de Valerio Hidalgo -que casi no era nada material, tan sólo la cascarita subhumana- y lo arrastró de vuelta al campo: con el escudo o sobre él...

-- Esperanza-- le dije.

-- ¡No!

-- La ayudo.

-- ¡No, carajo!

-- Oiga...

-- ¡No..yo no quiero que naide me ayude! Ayayai..por este mismo camino me trujo él a mí, en el caballo, cuando me robó de la casa. Ahora, lo llevo yo (se desploma sobre una roca con las hucsudas manos en las rodillas) ¡Vale mío muerto..ay! ¡Quién tiene la culpa? Sí, la culpa no la tuvo naide; ni don Lucio que lo mataba trabajando para sacarle la última gota, señor. Ni los que no me quisieron ayudar. Ni el monte que se nos terminó. Ni los niñitos que también se morirán. Ni yo que me estoy muriendo. Ni dios. La culpa, ay Vale mío, sólo la teníais vos! Eso es lo que nos merecemos por ser lo que semos-

Sobre mis hombros subo el difunto, guitarra sin cuerdas, tallo deshojado.

-- Siga Esperanza.

La lluvia arrecia. De los árboles caen frutas y pepitas. Resbaló sobre el camino. Por la espalda corre el agua que chorrea del cuerpo del muerto; bajan quebradillas por la frente y se cuclan por mis labios. A cosa mala sabe el jugo de los difuntos. El viento mojado me traspasa, las manos inertes del finado me tocan así como se llama a las puertas cerradas. El camino se retuerce negro y

resbaloso como sierpe. Delante de mí, no llora, sino grita Esperanza. El eco de lluvia y lamentaciones se pierde sobre los oscuros rastrojos cosechados. Y así llegamos al ranchito. En la puerta están los niños, pero es como si no estuvieran. Son criaturas transparentes. Así como están pueden morir esta misma noche: un viento fuerte y se caen. En la cama de madera lo deposito, lo envuelvo con algunos trapos y sacos de henequén. Esperanza se recuesta en una banqueta, solloza; la tiento y parece afiebrada. Así en el insondable silencio quedamos. Los niños no se duermen, sino que miran despabilados y me dicen: -¿Señor, tata se murió? ¿Sí, verdad? ¿Se murió Vale? -- Les digo que eso es cierto, que Valerio se murió, que se acuesten, que duerman.

-¿Nojordaá? .. ¿Se murió tata? ¿Vale se murió, señor?

No hay luz; entre la varazón del rancho, algunos pedazos de estrellas. Pero aparecen en la penumbra las cosas materiales, los haberes de los expropietarios de la tierra, los ciudadanos, hijos de dios....De la oreja de un horcón cuelga la mocha vieja, ya sin filo, a su lado lo que fuera un motete; dos o tres camastros de carricillo, cueros de vaca como colchón; allí mismo, las tres piedras frías del fogón, y ni siquiera un perro flaco o un gato hambriento; todo hecho mugre y silencio. Esta es, a la hora de la muerte, la sagrada propiedad de la familia Hidalgo.

“-A ese sastre bolchevique, agitador y terrorista que está envenenando la mente de nuestros feligreses, señores; especialmente la de nuestros mansos y creyentes campesinos--decía el cura-- hay que descuartizarlo en la placita, porque está contribuyendo al derrumbamiento de la familia humana, al desquiciamiento de los eternos valores del espíritu y de la propiedad privada...”

De lejos, el fúlcido nervioso de las centellas, y el tum bulum bum bum...de los truenos. Un cocorito se plantó a cantar en el higuerón. Los niños parecen figuras de almanaque pegadas en el bajareque, calcomanías grandes, llena de inmensos ojos preguntadores.



Salgo a mirar el rumbo de los astros, a calcular la hora de acuerdo a los entrecortados cantos de los gallos. Se presiente el gemido del amanecer. Pero el campo ya no es el campo, y la tierra de Esperanza no es su tierra.

- ¡Se murió Valerio Hidalgo...! - Dirán los campesinos de choza en choza. Los pájaros en la alta copa del espavé cantarán, como si nada. El día viene sin tomar en cuenta que unos ríen u otros lloren. Pienso que ya, con las primeras claras del día alguien pasará y me ayudará a enterrar al hombre. Allá en el patio, la pequeña cruz de guayabo. Esperanza no respira, es como si también se hubiera ido con Valerio. La toco, busco el pulso. Salgo de nuevo al llanito, pero no viene nadie; sólo transita la menuda lluvia y de vez en cuando, entre laberintos de nubes pasan las tres marías, el carro y el lucero moledor, arriba del horizonte.

Cuando Esperanza era una moza y llevaba la comida, al medio día, a la peonada, todo mundo tenía que hacer con ella, por sus ojos verdes y su mata de pelo negro.

Pierdo el sentido del tiempo aquí en la estrechura del rancho; los bultos tendidos, los niños pegados a las paredes, como carteles de anuncio de la miseria. Al fin los chicos caen rendidos, como espigas; trato de acomodar a Esperanza, pero descubro-todos recordaban sus inmensos ojos verdes y su brillante pelo negro— que la pobre, la loca, la amante, la desesperada yace definitivamente muerta, para siempre y se junta con Valerio en su silencio.

Señor lector, por estos caminos he viajado muchas veces, con mi sombrero y mis sentimientos campesinos enredados en los sueños. ¡Cuántas ilusiones nacieron en sus recodos llenos de pájaros y de palomas titibúas! Cuando florecían las estacas de bala en el mes de febrero, sus racimos lilas; o los tupidos ciguas canelos olorosos...entonces salomaba y la melodía sigzagueba por la ruta y el lomerío. Vine, como dije al principio, a buscar el tema para un cuento. Todavía llueve. Lo he hallado, pero comprendo que definitivamente no lo voy a escribir.

Santiago de Veraguas, 1947



# El Diario de la Yegua del Alcalde

A Luis Hernández y a  
Manuel Torres Sánchez

6 de Marzo. 12 m.

¡Diablos, qué sed!

Allí viene el juez municipal, como siempre: bamba caída y ojillos de comadreja metidos para adentro. Mezquindad hecha persona. Ayer se me quedó mirando, burócrata empedernido; no cabía duda, miserable, se burlaba. Contemplar a una yegua como yo, sin amo en el mundo y amarrada a este palo de almendro, en donde la justicia de estos sinvergüenzas me ha colocado... ¡qué destino! Por ser animal de cuatro patas, yegua estúpida, incapaz de advertir que la plaza pública no es lugar para cuadrúpedos.

Yo tengo cuatro patas. Cierto...aunque el juez puede tener más que un ciempiés y hélo allí, de funcionario judicial. Bueno, repito que bajaba de su oficina, prendió su tabaco inmundo...se me

quedó mirando. Luego se acercó con esa risa boba de imbécil y echándome un mundo de humo en la cabeza empezó a revisarme...qué buscaría? Sé que no soy una hermosa yegua, pero si me veo desmerecida ha sido por la perra vida que he llevado.

Digo que el hombre juez llegó, y en lugar de comportarse como correspondía a su cargo, negociante, al fin, lo hizo como el más vulgar de los tratantes de blanca: me levantó el rabo y exclamó con toda grosería:

-Esta puñetera no tiene ni fierro; ¿de quién será? - Entonces se le acercó un policía y entablaron el diálogo. Dijeron en resúmdas cuentas, que no valía la pena pagar al municipio ni un balboa por mí. Sinceramente creo que puedo valer unos doce dólares, para decirlo en inglés..Soy útil,: cargo leña, puedo hasta moler en un trapiche. Todo depende de que me den buen pasto. ¿Por qué dicen que no valgo nada? En razón de qué consideraciones me evalúan. Comprendo que los patrones pueden poner un precio a una mercancía por debajo de su verdadero valor, magia de los mercaderes. Si no estoy equivocada, de esto habló con mucha eficiencia Carlos Marx. Y tal vez sea posible un grado de comparación entre los valores que representamos el juez y yo, no comprendo mucho de las relaciones humanas, ni de economía política. Pero hay una cuestión de ética: yo no me estoy vendiendo. Lo que ocurrió — oh, ¡mala estrella! ...— fue que tontamente salí del callejón llamado “El Chorrillo” y desemboqué en la “Calle Real”. Allí me enlazaron, y aquí me tienen. El magistrado ha dicho que no me compraría ni por un dólar. Nadie lo tiene amarrado, aunque se sabe popularmente que a él lo compran hasta por mucho menos.

Ahora veo que el juez se despide. Allá va: enteco, lujurioso. Yo, amarrada a un árbol...tremenda injusticia; El me levantó el rabo. ¿Para qué habrá hecho eso? pregunto...Y dijo que no tengo ni un fierro que me distinga. ¡Cierto; El sí tiene uno bien marcado, para diferenciarse del resto de animales que le rodean. ¡Fierro negro en su alma de zorra. Putrefacto!

Termino de escribir por el momento.

¡Bendito sea Dios, señor! ..

¡SED TENGO ¡

6 de marzo. 11 p.m.

Ni siquiera el pedazo de sogá con el cual me tienen atada me permite estirar el pescuezo para morder aquel montoncito de hierba. Si pudiera prenderlo me la pasaría mascando toda la noche así casi tan inútilmente como el Juez masca diariamente su chicle. El rocío caería más tarde y remojará el montoncito de paja. Yo sorbería gota a gota, porque la garganta se me parece a un camino polvoroso y reseco.

La noche resulta ventajosa para este martirio. No hay moscas. Como tengo el rabo pelado se dan gusto de día.

Hace algún tiempo: "juventud divino tesoro", tuve una cola hermosísima, casi plateada, motivo de rebuznos de categoría... ¡Ay, pero eso fue en otro tiempo ¡..Era para la época en que tenía yo un amo, amito bueno, cariñoso, que me trataba como a su igual, como si me hubiera parido.

Recuerdo cuando regresaba de las lomas, cargada yo de sacos de maíz, él arriba. Me parece oírlo:

-Sea por dios, señor, me apeo en este punto, porque la pobre "animala" va muy cargada-

Y el amito adorado se bajaba: me acomodaba la carga. y al llegar a casa, antes de cenar él, me daba de comer a mí. Me picaba un poco de caña, y de sobremesa me regalaba mazorcas de maíz. Incluso, me acariciaba la crin; me decía palabras cariñosas. Pero está visto que lo bueno no dura. El viejo se acabó y una tarde se lo llevaron en una caja negra y todos los vecinos iban detrasito, "adolenciados".

Y yo llevo su luto todavía, porque desde que él murió no he hecho otra cosa que ir cuesta abajo, amigo, hasta ayer, cuando sin darme cuenta ~ ¡qué burra soy ¡- fui a dar a la calle principal en donde vive la "ñopería" del pueblo, y en eso pasó el jefe de la plaza al mando de esta zona, en su carrozo y me disparó un insulto propio de su condición:

-- ¡Vea usted, la yegua del carajo! -

Luego, para mayor desdicha e ironía me correataron los presos amarrándome a este viejo árbol de almendro, en el parque del poblado, frente a la casa municipal, justamente al lado del cuartel.. ¡Qué vida! No aparece el ánimo del viejito amito para que suelte a su yegua querida. ¡Qué buen hombre aquel! ...Era un campesino luchador, no un juez almidonado.

Allí vuelve a asomar su hocico "mi capitán", como le dicen servilmente los subalternos. Altanero e hipócrita. Siempre con los ojos por encima del hombro. Su frente estrecha, la quijada de banqueta. Pelado al "coco" para infundir pánico. Sólo sabe gritar. Adora el elogio. Pero cuando aparece un superior, luego se arrastra como una babosa, y hay que verlo miserable y lacayuno, frente a los oficiales yanquis que le visitan a menudo..¿para qué vendrán esos gringos?

Sin embargo me contaron que hace algún tiempo, cuando se alzaron en la sierra unos muchachos, entonces "mi capitán" se metió debajo de la cama de su querida y allí lo halló un sargento cagado de puro miedo. Bueno, frente a mí es otra cosa, pobre yegua sin respaldo económico, social o político, ¡cómo me grita; Entonces sí es valiente. No ese valor mío de yegua desamparada que soporta esta tortura, sino la prepotencia de quién, subido sobre sus botas, y armado hasta los dientes, cree verdaderamente que su base es inmovible, su sistema invulnerable, eterno. El valor del tigre frente al chivo amarrado.

Ocurrió que jalando y jalando, hace un rato, me pude soltar. ¡Santo Dios ¡...Salí como loca, despavorida - ¡ah error! ... hubiera esperado la noche. Salté por encima de las matas del parque. Di vueltas y seguí hasta hallarme junto a una estatua. De lado y lado me atajaron chiquillos mocosos. De una vez acudieron los presos de "confianza" -pobres desclasados-... -encargados de recoger a todas las bestias que andan sueltas por las calles... ¡cómo se complacían ¡... Mi tragedia era su gozo. Antes de que me echaran garras no sé como fue a dar a la puerta de la iglesia, en medio de la batahola exclamé: - - ¡Virgen... en la casa de dios, respeten mi

angustia ¡... ¡Qué va! Al llegar a la sacristía hacia donde huía para arrodillarme y pedir perdón por haber osado pisar la calle de los ricos me volvieron a tirar la soga en el pescuezo. “Mi capitán” mandó a que me dieran una garrotera de padre y señor mío.

—Yegua irreverente, atea, comunista. -oía entre palo y palo. Los garrotes me dejaron la frente hecha un “rajadero” de leña, y por eso estoy sangrando. Nada puedo hacer. ¡Qué abandonada del mundo! Nadie me da una gota de agua, un retoño fresco.

“DIOS MIO, PERDONALOS, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN”

7 de marzo.

6 a.m.

Sorbo la niebla para llenarme de la espuma del aire, de diminutas gotas de rocío; las que no pudieron cuajarse en las hojas, porque las lamieron las cigarras. ¡Qué perra noche he pasado, vida mía! Como a las tres de la madrugada llegó al cuartel “mi capitán”. Venía de repasar a su querida. Pero, ¡vaya! su legítima esposa lo esperaba en la sala del oficial de guardia. Y empezaron un vergonzoso diálogo que yo te diré. Las vulgaridades que se decían eran tan grandes que no podían salir por las ventanas.

Nunca oí palabras más soeces de boca de yegua o de mujer alguna, que las pronunciadas por la mujer del jefe militar de la zona. Para no quedar tan en desventaja frente a sus subalternos, el hombre sacó la mano y le rompió la nariz a la esposa enfurecida. Esta, de lo más arrabalero y bajo de su repertorio, entre otras cosas, le mentó la madre...

—Hijo de la vela verde...hijo de la mala leche...

Salió la mujer hecha una tromba marina. De las vecinas casas se abrieron las ventanillas de “vidajenear” y ojos de mujeres ojeras se asomaron.

— ¡Qué película! ...

El oficial de guardia pagó el pato por no haber inventado algún cuento al instante de llegar la esposa, fue cuadrado. Para desquitarse de los insultos, “mi capitán” arrancó el auto y volvió,

de nuevo a casa de la querida.

Eran las cuatro y media de la madrugada cuando pasaron allá, por el fondo del parque caballos errabundos. Detrás salieron los presos con sus sogas, pero los compañeros ágiles escaparon. ¡Qué felices! .. ¡Qué sensación de alivio para mi alma, aunque sólo se trate de la libertad de otros de mi especie! -

A las cinco trajeron a dos muchachos que venían seguramente de algún baile, en donde se había formado una batalla campal contra los guardias. Gritaban palabrotas y consignas anti-militaristas. Los apalearon (No sólo a las yeguas, me dije yo: mal de muchos, consuelo de tontos)

A las cinco y media pasaron junto a mí dos viejas beatas con chalinas negras tiradas por sobre sus hombros caídos -digo yo- por los años y las malas intenciones. No hay beata buena... Se detuvieron y empezaron a hablar de mí:

—Estos animales -dijo una- amarrados en el parque, llenan de estiércol el ambiente.

—Es verdad -dijo la otra- tan cerca como está de la iglesia, no debería ser sitio para estos asuntos.

Murmuraban de un hecho simple, aislado de los acontecimientos, pero no se apiadaban de mí, lo que debía ser justo, de acuerdo con sus normas.. ¿qué normas? No se afligían de que yo estuviera presa durante tres días con sed y hambre (dar de comer al hambriento...) ¡eso no! . Y como al parecer, todavía no daban el tercer toque, se sentaron en una banca vecina y volvieron a soltar la lengua.

—Oigame, no supo lo del padre P?

—Para que usted vea, pues...

—Eso estaba visto.

—Sí.

—Dicen que ahora lo van a mandar para Guatemala o para guatepeor.

—Así dicen.

—Pero cree usted señora que la fulanita abortó de veras?



-Hija, estoy segurísima.

-No, porque yo pensaba que el motivo era la otra.

-La doña aquella?

-La misma, qué le parece?

-Bueno, pero le diré que la culpa la tienen las mujeres.

-Estoy con usted, ya que no deben tentar a los curas, hija, si ellos también son varones..Oiga, y las tentaciones son las tentaciones ¡...

-Pobrecito el padre P, fíjese, tan amable,..con esa sonrisa delicada de Papa Santo, y qué ojazos, no?

El último toque llenó el parque con su pollera de niebla estremecida. No entendí ni pizca de lo que hablaban las viejas, porque siempre fue atrasada en religión.

¡Ah! ..viene el día con el grito de los trabajadores y el zumbido de las moscas asesinas!

“DIOS MIO, DIOS MIO, POR QUE ME HABEIS ABANDONADO?”

7 de marzo.

11 a.m.

Algún día este alcalde imbécil las pagará. Un poquito más y me voy a caer desplomada. Quién me lo mandó? Si me hubiera quedado con la recua por el llano, a estas horas estuviera rumiando, al menos las estacas de las cercas de estos ricos. Qué importa, si ellos tienen el mundo entre alambres, estaca más o estaca menos? Luego me daba mi buena remojada en la quebrada de San Juan. ¡qué gusto! ...Pero - ¡ah.. vanidad de mujer! .. ¿qué hacía yo por las calles?

Ese día andaba con un caballo, un poco joven él. Pero como tenía hierro en el anca, a la hora vino su dueño; pagó al tesorero la multa, el tesorero le mandó esa plata a su mujer para comprar la carne, y el caballo se fue con su amo.

- No te preocupes- me dijo entre relinchos- buscaré a un abogado para que te ponga una fianza o un habeas corpus.. Hum, ¿tinterillos conmigo? La justicia es relativa, o mejor dicho, es

cuestión de clase social. El caballo del alcalde y el burro del gobernador andan sueltos y nada les pasa. Así es la vida. El mundo tiene muchas cosas que nosotras yeguas sin imaginación, no podemos adivinar. Hay también ciertos caballos y burros de categoría, sobre todo si pertenecen a las grandes haciendas y tienen marca norteamericana. Estos son intocables y patean a la humanidad. Pero yo soy una pobre yegua del proletariado caballar, y no tengo derecho a otra cosa que a permanecer aquí, amarrada a este viejo árbol, puesto que aún no tenemos conciencia de nuestra fuerza. ¿El abogado que iba a venir? ¡Ah, caballo demagogo! ...

Justamente detrás de mí hay una piedra grande, amarrada a ella con un perno, la vieja cadena a la cual ataban en la época colonial a los rebeldes, a los esclavos y a los negros cimarrones. Los azotaban y después para calmarlos les untaban sal. Ahora me azotan a mí. Pero algún día azotarán al alcalde. No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. Después de mi muerte, puesto que de esta ruta ya nada me apartará, huesos quedarán en los llanos que contarán a las generaciones venideras la injusticia que se cometió conmigo. Y hasta será posible que algún piadoso o romántico concejal proponga que se cambie el nombre a la "Calle Real" por "Calle de la yegua mártir".. O levanten un monumento sencillo en donde graben estas palabras: "Aquí yacen los huesos de una yegua torturada en la época en que los ricos pensaban que dios los había dejado para explotar y joder a los pobres. El martirio a que fue sometida para aquellos tiempos demuestra que todavía la diferencia entre los alcaldes y las bestias no eran de significación alguna".-

La ilusión que tengo de saber que ha de llegar un día justo y luminoso para todos, hombres y animales, sin "Calles Reales" ni categorías absurdas es lo que, en cierto modo, me da un soplo de aliento y el estoicismo necesario para resistir los empujones de esta muerte. La veo llegar, ya no la temo.

Para decirlo casi filosóficamente, no me queda otro rumbo que desembocar en las profundidades angustiosas, sin contornos, en donde una deja de ser yegua, ente material, para transformarse

en materia inanimada, en cuero, cagajón o flor. Sé que por momentos volaré en el pico de los gallinazos. Al menos los gallinazos tienen la virtud de empaparse las alas en el puro rocío del mismo cielo, y sabré si de verdad el cielo es azul o no y si tiene ángeles. Yo creo y no creo.

Pero estos jueces, capitanes, alcalduchos y torturadores de la humanidad, no tienen por delante sino la noche oscurísima, apenas iluminada por ráfagas de fusiles, o destellos mortales de cuchillas. Serán desnudados y con ramas de ortiga venenosa los azotarán por el mismo culo, para que recuerden la primera camisa que les pusieron. Mi sangre derramada no será inútil, como no ha sido inútil la de los heroes del pueblo.

¡Ay ...Pero que sed, Dios mío! ...

Nadie se apiada de mí, porque en este mundo los hombres han invertido el valor de las cosas y a lo bueno le llaman malo, y a lo malo bueno. ¡Ah..perro mundo alienado! .. Para algunos tan sólo soy una idea, una apariencia amarrada a este árbol. El árbol, en tanto árbol, es también otra apariencia. Mas sin embargo la vida se me está escapando como la lucecilla de una vieja lámpara campesina.

Carajo, y no me quejo ni grito, porque soy muy yegua.

**“PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU”**

8 de marzo.

2 de la tarde.

Los ojos no me caben en las cuencas. En estos momentos acaba de pasar el caballo del gobernador cerca de mí, y aunque hablamos el mismo lenguaje, se hizo el desentendido. La diferencia de clase sigue determinando mi angustia. Las patas me tiemblan. Tengo frío. Una mosca que se encarama en mi espinazo y me tumba...

8 de marzo.

4 de la tarde.

Sufrió la primera caída. Entonces el alcalde ordenó que me torcieran el rabo o me metieran un palo por atrás. Miserable. Alma de perra.

Hice profundos esfuerzos y me incorporé. Pero me estoy derrumbando de nuevo en un precipicio infinito.

“HOY ESTARAS CONMIGO EN EL PARAISO”

9 de marzo.

No sé qué hora es. Cuatro días tenía de estar atada al árbol de almendro. No comía, no bebía; sólo defecaba, hasta cuando se me acabó lo de orinar y deponer. Bajó la noche a los techos feudales de las casas y parecía venir con un manto de negruras y puñales escondidos. Oía sobre el asfalto de las calles circunvecinas el tintineo de la “carretilla de la muerte” ... De pronto un hálito de vida rebotó en mis orejas. Un hombre apareció en la plaza. Gritaba. Luego supe, por los policías, que era Luis Hernández. En el poblado todo mundo conoce a Luis Hernández, porque es un famoso carpintero; muchacho inteligentísimo, corajudo y de buen corazón. Luis nació en la calle del “Chorrillo”, puro pueblo, no en la plaza mayor, la de los godos.

Eran las nueve de la noche, aproximadamente. Ya las beatas habían pasado a sus cubiles y por las ventanas de los palacetes de los ricos destellaban los programas de televisión. Pero una discusión rompió el silencio de grillos y ranas. Con Luis venía otro carpintero, Manuel Torres Sánchez; al parecer regresaban de alguna cantina en donde habían pasado el sábado entre copas y copas.

—Mira, Manuel Torres -dijo Luis.

—Manuel Torres Sánchez, que no somos iguales- respondió el otro.

—Bien M.T.S., te voy a decir una cosa.

—Venga.

—Mira, yo soy hombre.

—Yo también.

—Soy hombre aquí y todas partes y te lo voy a demostrar. Ves a esa pobre yegua que desde hace casi cuatro días estoy viendo amarrada a ese palo de almendro?

Un chorro de sangre me recorrió todo el cuerpo. Me ruboricé.

—Este alcalde -continuó Luis- no comprende, carajo, que las yeguas son humanas, que tienen alma y que el Código Penal en su artículo tal y cual castiga toda clase de torturas....

—Adentro abogadillo ;

—No, si yo conozco algo de letras, pero este alcalde es un pobre capador de perros, y lo manda el capitán, que es un jodido.

— ¡Muera el capitán!

— ¡Abajo el gobierno!

Ante tales gritos las viejas de caras enharinadas asomaron sus trompitas por las ventanas...lechuzas ; Pero la guardia no hizo caso, porque ya conocían la boca de Manuel.

—Mira M.T.S. -insistió Luis- para probarre que soy hombre aquí y en todos lados, y además hombre de sentimientos cristianos y de “ñapa” revolucionario, porque de que soy soy, oye, a que suelto a esa pobre yegua, aunque me lleve el diablo. ¿ah? Te apuesto Manuelito el trago de anís, ¿ah compadrito?

—A que no la sueltas, carajo.

—A que sí la suelto. Lo que pasa M.T.S. es que tú no sabes quién soy yo aquí en este pueblo y muchos están engañados conmigo.

—Cierto.

—Yo me atrevo..cómo que no me atrevo ; Voy a soltar esa yegua aunque, ¿me oíste? ..aunque los de allí enfrente, me lleven preso. La cárcel es para los hombres...La suelto, compadre, porque en mi casa me enseñaron a respetar el dolor ajeno.

—Soltála, Luisito, soltála, que si sale el capitán capitancillo, le voy a decir en su propia cara esto y aquello.

Entonces vino lo más peliagudo para mí. Se acercó el carpintero Hernández. Yo temblaba. No sabía si podía huir, si tendría fuerzas. Pero, cosa insólita, ya no me preocupaba mi propia suerte sino el pensar que por libertarme a mi fueran a encarcelar al buen hombre. El muchacho vino, me pasó la mano suave por la cabeza, como lo hacía el amito dulce y me soltó, ante los confundidos ojos de los policías.

— ¡“Juye, yegüita linda! — me gritó.

Pero yo no podía mover las patas. En eso llegaron los policías y los dos protestantes se pusieron a gritar con más encono.

— ¡Abajo la policía!

— ¡Abajo el gobierno!

Y yo, madre mía, sin poder moverme! Los gendarme agarraron a los dos sublevados y los ataron, al igual que yo, a sendos árboles. Me volvieron a encadenar a mi almendro. Oí voces agrías, insultos procaces, bofetadas; cosas de policías.

— ¿Viste, viste, yegüita bruta, por qué no “barajustaste”?— me recriminaba Luis.

— Estamos amarrados —exclamó Manuel— en estos históricos palos de almendros, bajo cuyas sombras se firmó el acta de la independencia de Panamá...Te das cuenta Luis? Iba por el acta de independencia de esta desgraciada provincia nuestra. Decía que estamos atados los más importantes de la región: Yo Manuel Torres Sánchez, Don Luis Hernández y la doña yegua, carajo.. ¡abajo el gobierno, vuelvo y digo! ...

— ¡Abajo!

Yo no pude oír más. Sentí venir la muerte que agonizaba desde mi rabo, pasando por el espinazo. Sufrí una pesadilla babosa, desesperante. Soñe que comía, que comía y que comía y que comía....Luego sorbí ríos de agua fresquita..Agua..agua...Luego me vino gana de defecar, y lo hice con facilidad, pero no echaba mojonos, sino que cagaba al juez, al alcalde, al gobernador, al capitán, a las beatas, al cura burlador, a los torturadores, a los emperfumados de la plaza mayor y a los ricachos de la “Calle Real” ¡santo dios! ..Al final de la pesadilla vislumbré, entre nieblas a los insubordinados carpinteros, allí amarrados, pero ya no parecían figuras humanas, sino personas como yo....

Y cosas de la hora de la muerte, acudió a la memoria la santísima figura del amito. Después la borrosa estampa de mi madre. Saben? ...Cuando anduve con ella, yo potrilla, ella madre orgullosa de su cría....cuando, ya destetada y medio abandonada

me pusieron aquel fierro que se me borró con los días y los caminos.

Adiós, adiós...comencé a trepar por el almendro con la música de la muerte, dulzona, gelatinosa, apagadilla. Sentí un impulso brutal por implorar al cielo, y me quejé:

“CONSUMMATUM EST” ¡

- -Es por gusto. -murmuró, cerca de mí una cigarra verde- Dios no existe.

Santiago de Veraguas 1965

